



## RESEÑA AL LIBRO:

*Kymper (novela peruana)*

**Del autor:  
Miguel Gutiérrez Correa**

**Edic. Alfaguara. Lima, 2014; 610  
páginas.**

**ISBN: 978-61-4244-08-72**

**Por: Julio Carmona**  
Lima, 2015

En el último mes del año 2014, salió a la luz la última novela —publicada— de Miguel Gutiérrez, con el escueto título de *Kymper*. Miguel Gutiérrez es, sin duda alguna, un excelente narrador. A la altura de los más encumbrados. Y no necesita el espaldarazo de ningún Nobel o de algún novel. Ese es, pues, un asunto que no está en discusión. Y esto lo digo porque, en un intercambio de opiniones en una red de comunicación virtual, alguien anunció que ya estaba leyendo la novela aludida y expresó que estaba “bien escrita”, expresión que —por decir lo menos— no pasa de ser un pleonismo, una redundancia, una tautología. Nadie podrá decir que en alguna de las novelas de Miguel Gutiérrez se dé lo contrario, es decir, que esté “mal escrita”. Por eso es que mi opinión contradictora fue: Lo que se espera de Miguel Gutiérrez es que produzca esa “buena novela” que hace mucho tiene proyectado. Y agregué que: para ser considerada una *buena novela* no basta con que esté bien escrita.

Y en efecto, ese propósito de escribir una “buena novela” Miguel Gutiérrez lo viene insinuando en varios textos desde el año 1996, tal es el caso de la siguiente expresión suya: “Antes que las ideas me cautivó mi propia relación con la novela (...) que me dio una razón para vivir...” (*Celebración de la novela*, p. X). Posteriormente, en su libro de ensayos *La invención novelesca* (2008), narra que, en un interrogatorio policial, le preguntaron: “¿Cuál es su mayor aspiración?” Y que él respondió: “Escribir una buena

novela”. Y concluye la anécdota así: “... yo no mentí. Ni fue un subterfugio, ni una verdad a medias. Hoy, once años después, puedo afirmarlo: fue la verdad más plena. La única que realmente ha importado en mi vida.” (p. 113). Es más, en el año 2007, escribió lo siguiente: “... he acentuado cierto espíritu heterodoxo que siempre estuvo en mí, y he añadido una razonable dosis de escepticismo a todas mis certezas sociales humanas.” (*El pacto con el diablo*, p. 16). Si, por confesión de parte, desde esos lejanos tiempos (que van de 1996 a 2008), su relación con escribir una buena novela era el norte de su vida, de ello se deduce que él mismo descartaba la posibilidad de que sus novelas anteriores a esas fechas, incluida *La violencia del tiempo*, pudieran ser consideradas con la calificación de ser “buenas novelas”, insinuación que, no por provenir del mismo creador, tiene que ser aceptada como definitiva.

Ahora que he leído la novela, de exiguo título pero de amplio volumen, *Kymper*, me ratifico en lo dicho, que coincide con la perogrullesca expresión: “está bien escrita”. Pero –siempre hay un “pero” porque, como decía el viejo filósofo Hegel, “para todo hay argumento”– : Para mí, no es “la buena novela” que se propone o que promete escribir Miguel Gutiérrez. No es este el lugar indicado para demostrar la certeza del aserto. Un trabajo más minucioso y amplio exige esa constancia (algo similar a lo que hice con su novela anterior *Confesiones de Tamara Fiol*, y que difundí en revistas especializadas). Aquí solo me limitaré a dar sustento a la idea sugerida en el título de este artículo.

Pero volvamos a la novela última que nos ocupa. Su título corresponde al apellido del protagonista, “Kymper”, quien vive a salto de mata, fugitivo y perseguido por tres fuerzas tenebrosas que buscan saldar cuentas en relación con hechos de su pasado, es decir, con su historia personal que, quiérase o no, pertenece a la historia social. Primero, el comando Rodrigo Franco, del primer gobierno aprista, lo persigue para vengar la muerte que diera a un dirigente estudiantil de esa facción política, ocurrida en la década del sesenta del siglo pasado. Segundo, un grupo de aniquilamiento de Sendero Luminoso, igual lo acusa de haber proporcionado a las fuerzas armadas del Estado la ubicación y destrucción en la selva de un campamento de ese grupo sedicioso. Y, tercero, su esposa, madre de sus dos hijos, igual quiere que pague con su vida por el abandono en que los dejara.

Contra todas estas acusaciones, Kymper tiene argumentos de defensa o justificación. Pero la fuga le permite ir saldando cuentas consigo mismo respecto de sus propias inculpaciones por haber pretendido renunciar —él mismo lo piensa— “*a todo activismo político, al colocarme (eso pensé yo) al margen de la Historia.*” (p. 283, cursiva del original). Pensamiento este que coincide con lo expresado por el autor en el «Reconocimiento» que hace como epílogo del libro, donde afirma que la novela: “en una de sus dimensiones narra las peripecias de un individuo que pretende colocarse al margen de la Historia.” (p. 605). Y todas las justificaciones que esgrime el protagonista — incluido el recuento de sus relaciones sentimentales, un tanto atosigante, dígame de paso—, dan la impresión de no tener otro objetivo que transferir al personaje los conflictos ideológicos del autor, quien con el argumento de tomar partido exclusivamente por la novela y de haberse trazado un solo fin (de 1997 para adelante): de llegar a escribir “una buena novela”, no ha hecho sino capitular de sus principios primigenios que implicaban la obligación de no desarraigar su historia personal de la historia social, al momento de desarrollar su trabajo intelectual o artístico / literario.

Empero, finalmente, el autor no pudo ver cumplida su pretensión de “colocarse al margen de la Historia.” Y es esta —reiteramos— una idea de Miguel Gutiérrez que adoptó la siguiente forma: “En adelante, mi único partido sería la novela, pasase lo que pasase en mi país, en mi familia, en mi vida” (p. 206), idea que fue planteada en su ensayo *La invención novelesca*. Y también dice: en China “viví en carne propia la gran contradicción entre mi vocación de novelista y los requerimientos de un accionar de acuerdo a las ideas asumidas.” (p. 273). Pero, viendo los hechos objetivamente, Miguel Gutiérrez no ha sido fiel a su propuesta, en primer término, porque no ha escrito hasta ahora “una buena novela” (con la excepción de *Hombres de caminos* y *La violencia del tiempo*, saludadas como tales, en su oportunidad, por todos los críticos), y, en segundo lugar, porque no ha escapado de los avatares ocurridos en su país o en la realidad. Una evasión así se puede considerar que se dio en las novelas posteriores a *La violencia del tiempo*, es decir: *La destrucción del reino*, *Babel el paraíso*, *Un mundo sin Xochitl*, *Una pasión latina*, que enfocan temas más bien esotéricos o circunscritos a conflictos existenciales rayanos en el individualismo. Y, si esta contradicción de no haber escrito una buena

novela con *Kymper*, se da en el plano del arte, en lo que se refiere a la política (en que tampoco ha cumplido con su propósito de evadirse de toda relación con lo que pasase “en mi país, en mi familia, en mi vida”) se constata que con esta novela (como también ocurre con la novela precedente *Confesiones de Tamara Fiol*) ese tema de la política se presenta como la pretensión del autor de saldar cuentas con un pasado incumplido, pues, en ese sentido, cabe preguntar: ¿por qué ahora hay una descalificación absoluta del partido Sendero Luminoso, de su dirigente principal y de su ideología que en los años ochenta (y específicamente en su ensayo sobre la generación del '50, que él mismo considera que “suscitó tantas controversias y enojos” —*Celebración...*, Ibídem) merecían lo opuesto: una reivindicación rotunda y sorprendente?

Esta reseña la hice sin haber leído una entrevista periodística hecha a Miguel Gutiérrez, conocida por mí con posterioridad, en la que, de soslayo, responde a la pregunta precedente; ahí dice: “En los primeros años de la lucha armada impulsada por Sendero, políticos, intelectuales y artistas de izquierda padecieron horribles crisis de conciencia por no haber tomado las armas como lo demanda el marxismo revolucionario. Precisamente de este clima de mala conciencia surgieron, por ejemplo, los senderólogos. *En cuanto a mí, exorcicé mis sentimientos de culpa adoptando el partido de la novela.*” Idea que confirma el *leitmotiv* de esta reseña. Y me atrevo a adelantar —lo que voy a profundizar en otro trabajo— que *Kymper* no hace sino demostrar que toda evasión de la realidad es ilusoria, porque con ese plan o afán de fuga por la persecución del pasado, no se consigue sino volver al mismo punto de partida, al inicio de la huida. Huir de la vida para no morir es acercarse a la muerte. El apurar las ficciones de un futuro incierto es convertirse en perseguido de un pasado real, concreto, implacable: nuestra realización no es resultado de nuestro futuro sino de nuestro presente que *ipso facto* es pasado.